

Palabras de José Luis Vega en la presentación de
la edición conmemorativa de Rubén Darío.
San Juan de Puerto Rico, 18 de marzo de 2016

UN LEÓN DOLIENTE GUARDA LA TUMBA DE RUBÉN DARÍO

Un león doliente guarda la tumba de Rubén Darío en la Catedral de la ciudad de su infancia y su agonía. El rostro casi humano de la fiera supera en congoja al león de Lucerna que Mark Twain llamara “el trozo de piedra... más triste del mundo”; su congoja supera también la paciencia de los dos leones que custodian el túmulo de Clemente XIII en Roma. La mano autodidacta de Navas Cordonero lo esculpió, no en mármol suntuoso, sino en un amasijo de cemento cuajado con sustancias de la tierra nicaragüense. Muy cerca de los restos de Darío, la Catedral de León también acoge las criptas de otros dos poetas del lugar, Salomón de la Selva y Alfonso Cortés. El turista o el devoto que hasta allí llegue y repare en la angustia contenida del rostro casi humano del león echado junto al túmulo de poeta, muy cerca del altar mayor, bajo la estatua de San Pablo, no puede sino preguntarse por su significado. Estamos ante la apoteosis de la Poesía que trasmuta el cuerpo frágil del poeta en signo.

La magnitud y el sentido del duelo por la muerte de Rubén Darío quedaron plasmados en aquella escultura yacente que, como la poesía del poeta, se apropia de los códigos mortuorios del arte de la vieja Europa y los traduce a la argamasa de su propio idioma. La vasta memoria fúnebre de Rubén Darío, los titulares de la prensa de la época, la estela infinita de las elegías, los sonetos y acrósticos que tantos poetas y poetastros escribieron a lo largo y lo ancho de América, el testimonio sepia de las fotografías que lo muestran de cuerpo presente, el óleo que retrata su agonía, la oscura carroza de su último paseo, la públicos desfiles, el dolor sincero de tantos y el errante destino del frasco que contiene su cerebro, todo vino a plasmarse en el rostro doliente del león que custodia su tumba.

En cierta forma, las exequias de Rubén Darío en León, en 1916, fueron un eco americano del funeral de Víctor Hugo que atestó las calles de París, en 1885. De la misma manera que las autoridades civiles francesas no dudaron de que Víctor Hugo, plebeyo como era, debía descansar en el Panteón reservado hasta entonces a los grandes de Francia, el monseñor Pereria Castellón no dudó de que los restos mortales Rubén Darío, pecador como era, debían reposar ante el altar mayor de la Catedral. Stephane Mallarmé comprendió con lucidez que la muerte de algunos poetas simboliza la muerte y la resurrección de una determinada idea de la poesía. Por eso, mientras más de un millón de parisienses acudieron a las honras fúnebres de Víctor Hugo, Mallarmé permaneció en su hogar repasando su obra, constatando en el cadáver del romanticismo los gérmenes de una nueva poética. A la muerte de Edgar Allan Poe, Mallarme gravó el bajorrelieve de un soneto en la lápida imaginaria de su tumba. Allí dejó constancia de que solo un ángel, y no un brujo, era capaz de purificar las palabras de la tribu. El cuerpo de Poe está mejor guardado en el soneto de Mallarmé que en el cementerio de Baltimore, donde yace casi al borde de una calle ordinaria de la ciudad. Mallarmé también levantó con palabras túmulos poéticos a la muerte de Théophile Gautier y Charles Baudelaire.

En la obra de estos poetas, desde Hugo hasta Baudelaire, Mallarmé entrevió la búsqueda, fallida pero heroica, de un lenguaje perdido que predica la esencia inefable de las cosas. Junto con ellos se consideró un descendiente simbólico de los alquimistas. Rubén Darío trasladó a la lengua española ese mismo afán de transcribir mediante la poesía el lenguaje del mundo. Si la cronología y la geografía lo hubieran permitido, tal vez, a la hora de su muerte, Darío hubiera merecido un soneto elegíaco de Mallarmé. Ocurrió, por su puesto, a la inversa: fue Darío quien escribió dos artículos necrológicos en ocasión de la muerte del poeta francés. En el más conocido, publicado en la revista *El Mercurio de América* (Buenos Aires, octubre 1898), Darío afirmaba: “En la tumba de Mallarmé yo grabaría dos palabras resaltantes en uno de sus versos: *Pulchérie — Anastase*; esto es: Belleza y Resurrección!”. En estas palabras – como ha señalado –Alfonso García Morales– “Darío cifra el mensaje esperanzado que por estos años no se cansa de repetir en sus necrologías de escritores y que es uno de los grandes temas de Mallarmé: la muerte al mundo de lo contingente y la resurrección en el espacio eterno, absoluto del Arte”.

En uno de sus sonetos Mallarmé simbolizó, en un cisne atrapado en el glaciar un lago helado, el lugar de la poesía en el mundo, presa en la contingencia y la arbitrariedad del lenguaje. Traduzco y glosó, a mi manera, sólo la primera estrofa “El instante fugaz, virgen y bello/ acaso romperá con golpe de ala ebrio/ este lago, duro y olvidado donde la escarcha cubre/ la glacial transparencia del vuelo que no huyó”. Buena parte de la empresa poética de Darío fue un intento por liberar el cisne de Mallarmé del “horror del suelo donde está preso”. Durante una de sus estadías en la isla dorada y órfica de Mallorca, Darío intentó descifrar la escritura del mundo cifrada en la caligrafía que en el cielo trazaba el vuelo en cursivas de las aves. Y escribió un poema.

PÁJAROS de las islas, en vuestra concurrencia
hay una voluntad,
hay un arte secreto y una divina ciencia,
gracia de eternidad.

Vuestras evoluciones, academia expresiva,
signos sobre el azur,
riegan a Oriente ensueño, a Occidente ansia viva,
paz a Norte y a Sur.

(...)

Almas dulces y herméticas que al eterno problema
sois en cifra veloz
lo mismo que la roca, el huracán, la gema,

el iris y la voz.

Pájaros de las islas, ¡oh pájaros marinos!
vuestrós revuelos, con
ser dicha de mis ojos, son problemas divinos
de mi meditación.

Y con las alas puras de mi deseo abiertas
hacia la inmensidad,
imito vuestrós giros en busca de las puertas
de la única Verdad.

Rubén Darío y la pléyade de poetas modernos que lo precedió, no sólo en lengua francesa, también en lengua alemana e inglesa, intentaron restañar la brecha entre el lenguaje humano y el divino con la fe en la capacidad del poeta para escuchar, de alguna manera misteriosa, la voz de las cosas o entrever la borrosa escritura del libro del mundo. Signaturas llamó Paracelso al eco de la voz y a los trazos de la escritura divina en las cosas; rasgos que se manifiestan como un sonido posible que el hombre en su furor creativo es capaz de interpretar en una imagen fonética. Los artistas modernos se sintieron atraídos por las posibilidades poéticas implícitas en esta corriente de pensamiento en la que el vidente, el místico, el teúrgo, el mago y el poeta gozaban de igual prominencia. Mallarme la llevó a su límite de silencio cuando entrevió que el instante del vislumbre y la idea de la Nada eran dos aspectos de lo mismo.

Saussure sustituyó la metáfora del libro del mundo por la del tablero de ajedrez de la lengua donde los signos no tienen otro valor que el provisorio y arbitrario que surge de la relación de unos con otros. Haber confundido esta metáfora estructuralista, de carácter provisional y metodológico, con una imagen de la esencia misma del lenguaje ha sido fuente de múltiples equívocos. La metáfora lúdica de Saussure dio pie a una concepción relativista del significado – y, por ende, también del significante. Las consecuencias de esta situación para la poesía, merecen larga reflexión. Lo más notable de la obra de Rubén Darío, representa una de las últimas líneas de resistencia a lo que se avecinaba: el fin de la poesía como posibilidad de vislumbrar la palabra que sustenta al mundo. Un lector atento, sin embargo, escuchará los ecos vivos de esta poética aparentemente periclitada en poetas tan distintos y distantes como Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Luis Palés Matos, Fernando Pessoa, Octavio Paz, Jorge Luis Borges, José Lezama Lima, José Ángel Valente, Gonzalo Rojas... por mencionar solo a algunos del ámbito iberoamericano.

Según Sartre, Mallarme, al abocarse al silencio de la nada, fue testigo de la muerte de la poesía por la poesía misma. Mallarmé, sin embargo, siempre creyó en la resurrección de la poesía cubierta por la escarcha del invierno del mundo. Y celebró la vida y la muerte de los poetas afines a esta idea, desde el romántico Hugo hasta Baudelaire. Sin embargo, para visitar la tumba de

Mallarmé hay que ir hasta el modesto cementerio de Samoreau, en Ile de France, donde sus restos yacen con humildad junto a los de su hijo Anatole. Charles Baudelaire, ese otro príncipe oscuro de la modernidad, yace en Montparnasee en una discreta tumba burguesa y familiar, en cuya lápida su nombre figura en segundo o tercer puesto. Por su parte, la discreta tumba de Paul Verlaine en el cementerio parisino de Batignolles es una mustia estela de piedra indigna del brillante *Responso* que Darío compuso en su honor, a la hora de muerte. Arthur Rimbaud, cuya renuncia a la poesía es también un emblema de la desilusión moderna, yace en el cementerio de su pueblo natal, Charleville, al que despreció en vida y que hoy lo ha convertido en pasto de turistas.

Víctor Hugo dijo que los muertos son los invisibles, no los ausentes. Su tumba en el Panteón de París es una alegoría del significado de su presencia. La de Rubén Darío en la Catedral de León también. El león doliente echado a sus pies no custodia el cuerpo físico de un estilo y una escuela literaria muertos, sino el alma misma de la poesía, eso que Mallarmé llamó “el sonido de una cuerda nula”, el cisne congelado en el hielo de un lago a la espera del retorno del vuelo. Termino con unos versos:

Aunque talaron los bosques de laurel
y está muda la lira descordada;
aunque, bronco del pecho, el ruiseñor no canta
y, senil ya, Calíope, solo recuerda bien
los días de su infancia junto a Hesíodo;
aunque el tritón y el caracol yacen exánimes
en las playas cubiertas de petróleo,
y el último centauro, viejo y cojo,
perdió la melodía... un estrépito unánime
se oye al fondo de todo, todavía.

José Luis Vega
Director de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española